



E
N
T
R
E
V
I
S
T
A

イ
ン
タ
ビ
ュ
ー

Diálogos con Japón: Fernando Barbosa y la amistad intelectual que floreció entre silencios y cerezos

Entrevista con el profesor

Fernando Barbosa

Esta entrevista fue realizada por Betsy Forero Montoya, profesora asociada del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de los Andes, representante académica y cultural del Centro del Japón de dicha universidad, y exestudiante de Jaime Barrera.

Fernando Barbosa, politólogo de la Universidad de los Andes, ha dedicado gran parte de su carrera profesional a Japón, destacándose en diplomacia, academia, periodismo y consultoría internacional. Inició su trayectoria en Sumitomo Corp. en 1973 y, en 2018, fue galardonado con la Orden del Sol Naciente, una de las distinciones más importantes del gobierno japonés, por su valiosa contribución al fortalecimiento de las relaciones entre Colombia y Japón. En la entrevista, Barbosa comparte su amistad con Jaime Barrera Parra y reflexiona sobre el desarrollo de los estudios japoneses en Colombia y las relaciones bilaterales entre ambos países.

- **Para empezar, pensando en la relación de amistad e intelectual alrededor de Japón que tuviste con Jaime por muchos años, imagino que hubo aprendizaje mutuo. Quisiera preguntarte, por un lado, ¿qué recuerdas haber aprendido de Jaime?, y por el otro, ¿qué recuerdas haber compartido con él? Ambos como especialistas en Japón, ¿de qué manera se complementaban o interactuaban? ¿Qué o cómo es Japón desde la perspectiva de cada uno o de ambos?**

El 29 de marzo de este año (2024) la Agencia Meteorológica de Japón anunció que a las 2 p.m. florecieron los primeros cerezos en Tokio. Ese dato que a nosotros nos parecería solo anecdótico, hubiera alimentado el diálogo que sostuve durante 33 años con Jaime. En nuestro medio es casi impensable que alguien esté alerta a la primera helada del mes de enero, o a la primera lluvia de abril o a los primeros vientos de agosto. Nadie se percata y cuando se les hace caer en cuenta, no reaccionan. Por eso, no me cabe duda de que la relación con Jaime tuvo frutos para cada uno de nosotros. No obstante, existe una gran dificultad cuando se quiere describirlos porque una buena parte fueron transmitidos por medio de los silencios que ambos aprendimos en nuestra experiencia japonesa. Podría asegurar que Jaime diría que hicimos una ilación de sueños, perspectivas, iluminaciones y dudas. Y eso sumado a nuestra mutua tendencia franca y abierta a dejarnos sorprender, abonaron de lado y lado nuestra idea de Japón. Siempre hablamos con libertad, alejados del *copyright*, de tal manera que, como en el bambuco de Rafael Pombo, hicimos nuestro aquello de que "Ningún autor lo escribió, más cuando alguien lo está oyendo, el corazón va diciendo, «Eso lo compuse yo»". Los avances de lado y lado fueron entrelazándose en un divertimento relajado y emotivo.

La conversación tiene la propiedad de abrirnos caminos insospechados a medida que se avanza por los atajos que se van encontrando. Recuerdo nuestros intercambios sobre la indeterminación de los japoneses, el impacto del *ura* y del *omote* (el adentro y el afuera) tanto en lo personal como en lo institucional, la búsqueda de una justicia social a partir del capital y del precio justos, la comparación entre las revueltas estudiantiles en el Japón y en particular el Zenkyōtō a finales de los 60, que vivió Jaime, contemporáneas con las que experimentamos en los Andes a finales de esa época y comienzos de los 70 y que recuerdo con intensidad.

En relación con la justicia económica y con el trasfondo del interés de Jaime en el filósofo canadiense Lonergan, debo señalar la traducción que él hizo, junto con Francisco Sierra, de la obra de Philip McShane, *Economía para todos; el capital justo*, publicada por la Javeriana en 2018. A propósito de Lonergan, tan arraigado en Jaime, confieso haber recibido una herencia: la autenticidad. Ser auténtico es lo que nos define.

Jaime nació en 1936 y yo en 1948. Nos llevábamos 12 años. Él llegó a Japón de 25 años en 1961 y yo arribé 22 años después, en 1983, antes de cumplir los 35. Lo sucedido en Japón durante esas dos décadas tiene dimensiones enormes. Fue pasar de la pobreza que vivió Jaime a la época dorada del crecimiento que me tocó a mí. Creo que eso fue fundamental para cimentar nuestras reflexiones alrededor de nuestras vivencias. De mi parte, regresar al inicio, a los antecedentes del milagro económico era algo esclarecedor y estimulante. Cosas muy puntuales me marcaron como por ejemplo los caminos de barro por donde Jaime tuvo que transitar y que luego se convirtieron en las avenidas perfectamente limpias y pavimentadas por las que yo transité. De la misma forma, mis relatos desde el éxito le dieron un sentido profundo a la experiencia de Jaime que fue testigo de los esfuerzos del pueblo japonés que precedieron a esa época esplendorosa que me correspondió vivir.

- **Sabemos que compartiste con Jaime varios años de trabajo en la construcción de espacios para pensar y aprender de Japón en Colombia. ¿De qué manera crees que la contribución de Jaime en la construcción de un área de estudios japoneses en Colombia se enmarca en un contexto global o internacional? ¿De qué manera esta historia local de Japón en Colombia es también una historia de Japón en el mundo?**

Conocí a Jaime en Tokio en 1987. Había llegado por invitación del Ministerio de Educación de Japón. Por alguna fuente supe de su estadía, le comenté a mi señora y resultó que se conocían. Lo invitamos a comer en nuestro apartamento donde pronto descubrió varios CDs de Harmonia Mundi dentro de mi colección. Fue suficiente para saber que nos entenderíamos. Por esas mismas calendas pude tener contacto con Arturo Infante, nuestro rector, que había ido a firmar un contrato con la Universidad de Tokio. Sé que ese viaje lo impactó y que luego le propondría al Consejo Directivo la creación de un Centro de Estudios Japoneses. El asunto se discutió, se le dieron vueltas y al final se decidió abrir el Centro de Estudios Asiáticos que fue dirigido por Jaime desde el inicio hasta su desaparición. Dentro de este proceso se había decidido con anterioridad abrir los cursos del idioma japonés que estuvieron a cargo de él mismo.

Un hecho impensado nos permitió a los dos unir nuestros gustos y nuestras aspiraciones alrededor de lo japonés. En diciembre de 1990, cuando acababa de regresar de Japón, me invitaron en la Universidad de los Andes a vincularme como profesor del MBA por insinuación del profesor Enrique Ogliastri. Enrique había abierto un espacio importante alrededor de los temas japoneses: la gerencia japonesa, el control de calidad total, la negociación con los nipones y otros temas relacionados con Japón y confió en que yo podría aportar al programa. Enrique fue muy importante para abrir la mirada de académicos y empresarios hacia una fuente desconocida: el extremo occidental del Pacífico donde se producían conocimientos y prácticas nuevas y productivas que podrían mejorar nuestros procesos.

Como consecuencia de mi vinculación a la Facultad de Administración se abrió en enero de 1991 el primer curso que hubo en Colombia dedicado exclusivamente a ese país. El espectro era amplio: cultura, antropología, historia, administración, pensamiento, literatura y todo lo imaginable. Como consecuencia, tan pronto se inauguró formalmente el Centro de Estudios de Asia en abril de ese mismo año, acudí a una cita no programada

con Jaime. Ni él ni yo teníamos dentro de nuestras aspiraciones la de figurar y eso propició nuestra alianza.

Sin suscribir pacto alguno, nos propusimos darle alas a los estudios sobre Japón. Y ese entusiasmo posiblemente atrajo la atención de varios estamentos. Después de retirarme de los Andes para ingresar al Ministerio de Comercio seguí vinculado al tema hasta regresar a la academia para crear el Centro de Estudios de Asia y el Pacífico en el Externado. Bajo este esquema Jaime y yo fuimos invitados por varias universidades: la Tadeo, el Rosario, la Javeriana, la Universidad de Antioquia, EAFIT, para buscar sinergias alrededor de lo japonés. Puedo decir, sin ambages, que influimos. Dentro de esa misma línea, participamos en el componente académico del PECC bajo el liderazgo de Jaime.

Pienso que desde nuestras responsabilidades contribuimos al fomento de los estudios japoneses. ¿Hasta dónde? Eso se sabrá después.

Superados los tiempos del cierre de los centros de Asia y el Asia-Pacífico en los Andes y en el Externado, varias veces hablamos con Jaime con cierta nostalgia. Nuestra apreciación reflejaba la realidad: en nuestro medio Japón no genera todavía suficiente interés. Las posibilidades de expandir nuestras esperanzas o anhelos eran limitadas. Sin embargo, nos animaba saber que alumnos nuestros continuaban con el entusiasmo, conscientes de que desentrañar una cultura ajena nos abre la mente a nuevas alternativas. En otras palabras, era como recibir aire fresco cuando se nublaba el paisaje.

Debo decir, con un sabor esperanzador y otro paradójicamente melancólico, que los esfuerzos de Jaime fueron mejor valorados y recibidos en Japón que en Colombia. A mí me costó trabajo aceptar el cierre del Centro de Asia de los Andes que tenía reconocimiento indudable en Japón. Para los japoneses era un faro para alumbrar el futuro de las relaciones bilaterales. Para nosotros se convirtió en un problema administrativo y de costos que condujeron al desmantelamiento del Centro. Por fortuna, Jaime respondió con una decisión no solo inteligente sino aguerrida y valerosa y logró mantener los estudios de Japón dentro del área de estudios culturales con el apoyo de Cecilia Balcázar de Bucher que entonces era la directora de ese departamento.

- Yo estoy convencida de que el aprendizaje sobre Japón supone una gran riqueza en sí mismo; es el aprendizaje de otras culturas u otras formas de construir significado y esto tiene gran valor. También es instrumental para aquellos que desde sus profesiones se aproximan a Japón, a Asia o inclusive a culturas a primera vista distantes. En sociedades como la nuestra, además, puede ser un motor que impulse reflexiones que van desde cómo entendemos la belleza o qué es y cómo construir paz hasta cómo interactuamos con los demás en lo público y en lo privado. Me has comentado antes que algunas conversaciones entre tú y Jaime trataban el lugar de los estudios japoneses. ¿Qué nos podrías decir sobre la pertinencia de pensar Japón desde Colombia y América Latina y sobre los retos que históricamente ha habido o tú y Jaime han tenido y cuáles pueden ser los que ves hoy o en el futuro?

Lo primero que planteas tiene honda significación. Me gustaría comenzar con una experiencia que viví hace muchos años cuando era estudiante y participé como carga ladrillos en dos grandes investigaciones del departamento de Ciencia Política: la de partidos políticos y la del Congreso. En ambas hubo que hacer investigación de campo, básicamente entrevistas y encuestas, lo que me permitió recorrer a pie 700 de lo 900 barrios que tenía Bogotá a finales de la década de los 60 y conocer muchos tipos de personas. Las formas de pensar, de sentir, de expresarse, de entender la vida, la sociedad, la política. Un gran galimatías que me dejó honda huella. Por esa misma época el Ministerio del Trabajo del gobierno Lleras Restrepo había hecho una investigación sobre el léxico que manejaban obreros y patronos. Los primeros solo utilizaban cerca del 10% de las palabras de sus jefes. Y los efectos prácticos eran dramáticos: de las órdenes que recibían los obreros solamente entenderían una décima parte. Esta experiencia fue muy fructífera en la medida en que contribuyó al conocimiento de mi propio yo y del de los demás.

En el mismo sentido sucede con Asia o particularmente con Japón. Si hiciera un balance de lo aprendido debería decir que la balanza se inclinaría al aprendizaje de lo propio. Cuando uno se enfrenta a lo desconocido, la pregunta que sale de inmediato es: ¿y yo cómo lo hago? ¿Cómo se hace en mi país? Ese ejercicio tan elemental nos lleva a hacernos las preguntas que inmersos en nuestra realidad jamás salen a flote. Y las sorpresas aumentan a gran velocidad. La mayor es reconocer que el 70% del mundo piensa diferente, que tienen definiciones distintas. Nociones deferentes de la intimidad o la libertad, para poner un ejemplo, ponen a prueba nuestros esquemas.

En relación con la inserción de los estudios de Japón en el contexto local, global e internacional, esta es mi observación pragmática, por no decir fría, que posiblemente Jaime compartiría: a nivel local en nuestras universidades el peso de lo financiero ha creado un lastre para la cooperación. Si determinada actividad no es rentable, se le confina al sálvese quien pueda. Tales circunstancias reclamaban de quienes teníamos interés en desarrollar más los estudios japoneses haber sido más proactivos e imaginativos en la construcción de espacios lucrativos para las instituciones. En eso nos quedamos cortos. Y en varios casos era como nadar contra la corriente. Recuerdo el escepticismo que hubo frente a la propuesta del embajador Hatanaka de abrir el Centro del Japón. Fue necesario mover varias cuerdas para avanzar. Y lo mismo puede decirse en el plano regional. Se esperaba que la creación formal del capítulo colombiano de ALADAA,¹ promovido por Pío García desde la Cancillería, abriría los contactos que nos darían oxígeno a todos. Desafortunadamente eso no ocurrió. PECC,² que contaba con recursos menos comprometidos con las utilidades, fue más dinámico y propició varios escenarios de cooperación. Desafortunadamente la organización perdió su dinamismo a raíz de la crisis asiática del 97 y luego, en la práctica, fue absorbido por APEC,³ del cual Colombia no es miembro.

Tratando de mirar hacia adelante podría formular esta reflexión. En los últimos cuarenta años hemos soñado con estrechar nuestras relaciones con Japón por medio de lo económico y comercial. Lo hemos hecho a costa de sacrificar otros espacios que para mí tienen mayores posibilidades de éxito: la cultura y la política. En lo primero contamos con un buen arsenal: literatura, arte, música, folclor, idioma, academia. En lo segundo, aunque no somos un gran actor internacional, sí existen campos en los que podemos cooperar, aliarnos, y espacios en los que un voto nuestro puede tener peso. En esa búsqueda tenemos que ser proactivos y en tal terreno el Centro del Japón podría ser un buen catalizador para identificar temas en lo político y en lo académico que pudieran ser de mutuo interés. Hace años con Eduardo Álvarez-Correa estuvimos a punto de concretar un proyecto para abrir un espacio para el estudio del Derecho del Asia Pacífico que empezaría con Japón, intento que se apagó con la muerte de Eduardo. He visto con entusiasmo que aumentan los proyectos de grado sobre temas japoneses, lo que permite contar con un espacio saludable que se tiene que estimular y profundizar.

1 Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África.

2 Consejo de Cooperación Económica del Pacífico. En inglés: Pacific Economic Cooperation Council.

3 Foro de Cooperación Asia-Pacífico.

- A manera de cierre y de recomendación o referencia para los estudiosos de Japón, ¿podrías pensar en algún libro, poema, película, pintura, personaje, autor o, quizás, temática que en tu opinión de amigo haya marcado o acompañado el camino de análisis, reflexión y sensibilidad de Jaime? ¿Y cuál sería el tuyo?

Es una pregunta imposible de contestar. Sólo para aproximarnos diría que Jaime era una enciclopedia en permanente renovación y expansión. De manera que reducir la lista a unos pocos autores o temas es muy arriesgado. Me atrevería a sugerir lo siguiente a manera de conjetura reduciéndome a los ítem que propones:

1. Libros: *La bailarina* de Izu de Kawabata, *Las Hermanas Makioka* de Tanizaki y los *haiku* de Bashō.
2. Poema: el *haiku* de la mariposa de Moritake:

落花枝にかへると見れば胡蝶哉

rakka eda ni

kaeru to mireba

kochoo kana

La flor caída

regresa a su rama:

¡Una mariposa!

落花枝にかへると見れば
胡蝶哉
守武

Muchas veces le oí a Jaime referirse a este *haiku* que yo asocio a un dicho japonés bastante esclarecedor: hay que esperar a las largas y oscuras noches del otoño para poder observar la vía láctea. La cosecha que se recoge en la vejez es la sabiduría y el anhelo del viejo es reencarnarse en algo.

3. Películas: las de Kurosawa y Ozu.
4. Pintura: las de Hokusai.
5. Personaje: Francisco Javier y Tokugawa Ieyasu.
6. Tema: *mono no aware*, la evanescencia de todas las cosas.

En mi caso señalaría:

1. Libros: *Tsurezuregusa* de Kenkō, *Hōjōki* de Kamo no Chōmei y *Chieko Shō* de Takamura Kotaro.
2. Poema:

やれ打つな	はえが手をする	足をする
<i>Yare utsuna</i>	<i>Hae ga tewo suru</i>	<i>Ashi wo suru</i>
No la golpees	la mosca frota sus manos	pidiendo disculpas

Este *haiku* de Issa Kobayashi me lo enseñó un colega japonés el 1 de junio de 1978. Todavía guardo el papel en que me lo escribió y aún sigo recibiendo de él inspiración y enseñanzas.

3. Película: *Rikyu* de Hiroshi Teshigahara.
4. Pintura: *Sumi-e*.
5. Personaje: Ikkyū.
6. Temática: el *sadō / chanoyu*, el Camino del Té.

No quisiera dejar por fuera una reflexión que de seguro animaría Jaime y que tiene que ver con el futuro del Centro del Japón. Mi primera visita a Japón en 1979 me puso frente a una contradicción: el Japón convivía tranquilamente con la tradición de su pasado y con la modernidad y el futuro. Una economía pujante y moderna y una sociedad pausada y tradicional. Lo primero lo observé al recorrer las avenidas de Tokio y de Osaka, el tren bala. Lo segundo lo sentí caminando las callecitas de las grandes ciudades y de los pueblitos. Esa experiencia digerida poco a poco me llevó a advertir que colombianos y japoneses tenemos alma de campesinos. Y este fue un tema del que hablé mucho con Jaime. Los resplandores del desarrollo a veces opacan lo esencial, que es lo que sucede con las modas. El fulgor de los 80 se ha ido apagando.

El surgimiento de nuevos protagonistas atrae todas las miradas. Nada distinto a lo que ha pasado a lo largo de la historia. Ahora, sin el cascarón de la novedad superficial, queda a nuestra disposición lo que podríamos llamar el alma de Japón. Y esa es un tesoro, una mina extraordinaria tanto para la academia como para cualquier otra actividad. Sería una equivocación no entender que el empuje asiático influirá en nuestra forma de actuar y de pensar. Comprender las entrañas de este entramado se vuelve cada vez más imperioso. El futuro, visto así, es un reto poderoso y tentador.

Para concluir y buscando un apoyo, acudo al título de una novela de Natsume Sōseki:

それから- *Sorekara...* ¿Y entonces?

